**Nazarene Church Belief and Mission-Espanol**

**Espanol**

Como miembros de la Iglesia Universal, nos unimos a todos los creyentes en proclamar el señorío de Jesucristo, y en afirmar los credos trinitarios históricos y las creencias de la fe cristiana. Valoramos nuestra herencia wesleyana de santidad y creemos que es una forma de entender la fe que es fiel a las Escrituras, la razón, la tradición y la experiencia.

Nos unimos a todos los creyentes en la proclamación del señorío de Jesucristo. Creemos que en el amor divino, Dios ofrece a toda persona el perdón de los pecados y una relación restaurada. Al ser reconciliados con Dios, creemos que también debemos ser reconciliados unos con otros, amándonos mutuamente como hemos sido amados por Dios, y perdonándonos unos a otros como hemos sido perdonados por Dios. Creemos que nuestra vida juntos debe ser ejemplo del carácter de Cristo. Nos acercamos a las Escrituras como la fuente primaria de la verdad espiritual confirmada por la razón, la tradición y la experiencia.

Jesucristo es el Señor de la Iglesia, la cual, como nos dice el Credo de Nicea, es una, santa, universal y apostólica. En Jesucristo y por medio del Espíritu Santo, Dios Padre ofrece el perdón de los pecados y la reconciliación a todo el mundo. Los que responden con fe a la oferta de Dios se convierten en parte del pueblo de Dios. Después de haber sido perdonados y reconciliados en Cristo, perdonamos y somos reconciliados unos con otros. De esta manera, somos el Cuerpo y la Iglesia de Cristo, y revelamos la unidad de ese cuerpo. Como el único Cuerpo de Cristo, tenemos “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo”. Afirmamos la unidad de la Iglesia de Cristo y nos esforzamos en todo lo que hacemos a preservarla (Efesios 4:5, 3).

Jesucristo es el santo Señor. Por esta razón, la Iglesia de Cristo no sólo es una, sino que también es santa. Ha de ser santa en sus partes y en su totalidad, santos sus miembros como lo es la Cabeza que es Cristo. La Iglesia es santa y llamada a ser santa. Es santa porque es el Cuerpo de Cristo, quien por nosotros se ha convertido en justicia y santidad. Está llamada a ser santa por Dios, quien nos eligió desde antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos y sin culpa. Como el Cuerpo de Cristo, nuestra vida juntos como Iglesia debe reflejar el carácter santo de Cristo, quien se rebajó voluntariamente y tomó la condición de esclavo. Afirmamos la santidad de la Iglesia de Cristo como un don y como un llamado.

Jesucristo es el Señor de la Iglesia. Por esta razón, la Iglesia no sólo es una y santa, sino que también es universal, incluyendo a todos los que afirman las creencias esenciales de la fe cristiana. Afirmamos la fe apostólica que ha sido profesada por todos los cristianos, en todas partes y todos los tiempos. Nosotros aceptamos el concepto de Juan Wesley del espíritu universal, por medio del cual tenemos comunión con todos los que afirman que las Escrituras son el centro vital, y somos tolerantes con aquellos que no están de acuerdo con nosotros en cuanto a asuntos que no son esenciales para la salvación.

Jesucristo es el Señor de las Escrituras. Por esta razón, la Iglesia no es sólo una, santa y universal, sino que también es apostólica. Está construida sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y continuamente se dedica a la enseñanza de los apóstoles. La Iglesia pone su mirada especialmente en las Escrituras que son la única norma fe y vida para la iglesia. El señorío de Jesús sobre las Escrituras significa que hemos de entender las Escrituras por medio del testimonio del Espíritu Santo ya que dan testimonio de Jesús. Para confirmar y corregir nuestro entendimiento de las Escrituras, honramos y le prestamos atención a los antiguos credos y a otras voces dentro de la tradición cristiana que fielmente explican las Escrituras. También permitimos que nuestro entendimiento de las Escrituras sea guiado por la voz del Espíritu Santo que nos dirige al arrepentimiento, la fe y la confianza. Por último, ponemos a prueba nuestra comprensión de las Escrituras mediante la búsqueda de la sensatez y de la coherencia de su testimonio de Jesucristo.

Estamos especialmente llamados a dar testimonio de la santidad de la Iglesia de Cristo, según es aceptada por la tradición wesleyana de santidad. Afirmamos los principios de la salvación por gracia mediante la fe en Jesucristo, nuestro Salvador. De este modo, continuamos afirmando que la Iglesia de Cristo es una, universal y apostólica. Pero nuestro llamado especial es a mantener ante los ojos del mundo, y de la Iglesia la centralidad del mensaje de santidad y también animar al pueblo de Dios a vivir en la plenitud del amor santo del Padre. Por esta razón afirmamos la comprensión wesleyana de la fe cristiana y buscamos ser fieles a sus enseñanzas principales: la gracia preveniente de Dios y los medios de gracia, el arrepentimiento, la fe, el nuevo nacimiento, la justificación, la entera santificación, la plena confianza, la comunidad Cristiana y su disciplina, y la perfección en amor.

*Todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI®. Copyright©1999 por*[*Bíblica*](http://www.biblica.com/)*, Inc.®  Todos los derechos reservados.*

ed

**Somos un pueblo de santidad**

Dios, quien es santo, nos llama a una vida de santidad. Creemos que el Espíritu Santo busca realizar en nosotros una segunda obra de gracia, conocida por varios términos incluyendo “entera santificación” y “bautismo en el Espíritu Santo” – limpiándonos de todo pecado; renovándonos a la imagen de Dios; dándonos el poder para amar a Dios con todo nuestro corazón, alma, mente y fuerza, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos; y produciendo en nosotros el carácter de Cristo. La santidad en la vida de los creyentes se entiende más claramente como semejanza a Cristo.

Somos llamados por las Escrituras y atraídos por gracia a adorar a Dios y amarlo con todo nuestro corazón, alma y mente, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Para este fin, nos consagramos plena y completamente a Dios, creyendo que podemos ser “enteramente santificados,” como una segunda obra de gracia en la experiencia espiritual. Creemos que el Espíritu Santo nos convence, limpia, llena y da poder a medida que la gracia de Dios nos transforma día tras día en un pueblo de amor, disciplina espiritual, pureza ética, rectitud moral, compasión y justicia. La obra del Espíritu Santo nos restaura a la imagen de Dios y produce en nosotros el carácter de Cristo.

Creemos en Dios el Padre, el Creador, quien con su palabra llama a la existencia aquello que no existe. Antes no éramos, pero Dios nos llamó a ser, nos hizo para sí mismo, y nos formó a su propia imagen. Hemos sido comisionados a llevar la imagen de Dios: “Yo soy el Señor su Dios, así que santifíquense y manténganse santos, porque yo soy santo.” (Levítico 11:44a).

Jesucristo nos reveló plenamente a Dios, y con su ejemplo nos demostró lo que es vivir en adoración y en santidad. Nuestra hambre por ser un pueblo santo está arraigada en la santidad de Dios. La santidad de Dios se refiere a su deidad; su absoluta singularidad del ser. Nadie se compara a Él en majestad y gloria. La respuesta humana apropiada delante de la presencia de un ser tan glorioso es la adoración. La santidad de Dios es expresada en sus actos de redención.  La adoración es posible cuando nos encontramos con el Dios que se revela y se da a sí mismo. A su vez, la adoración se convierte en el medio principal por el cual conocemos a Dios. Adoramos al Dios santo y redentor amando lo que Él ama.

La adoración del Dios grande y misericordioso puede tomar muchas formas. A menudo, toma la forma de la alabanza y la oración en el contexto de una comunidad de fe. También se expresa en actos privados de devoción, agradecimiento, alabanza y obediencia. Compartir nuestra fe por medio del evangelismo, la compasión hacia nuestro prójimo, y trabajar por la justicia y la rectitud moral son todos actos de adoración delante de nuestro Dios quien resplandece en santidad. Aun las tareas más ordinarias del diario vivir se convierten en actos de adoración y toman significado sacramental a medida que la adoración de nuestro Dios se convierte en nuestro estilo de vida.

Jesús informa nuestro entendimiento sobre la santidad por medio de su vida, sacrificio y enseñanzas encontradas en los Evangelios, particularmente en el Sermón del Monte (Mateo 5-7). Como pueblo de santidad, buscamos ser como Jesús en toda actitud y acción. Por su gracia, Dios capacita a los creyentes para adorarle de todo corazón y vivir a la semejanza de Cristo. Entendemos que esta es la esencia de la santidad.

Dios también nos ha dado el regalo y la responsabilidad de tomar decisiones. Debido a que nacemos con una tendencia hacia el pecado, estamos inclinados a escoger nuestro propio camino en vez de seguir el camino de Dios (Isaías 53:6). Habiendo corrompido la creación de Dios con nuestro pecado, estamos muertos en nuestras transgresiones y pecados (Efesios 2:1). Si deseamos revivir espiritualmente, Dios, quien con su palabra llama a la existencia lo que no existe, nos debe crear de nuevo por medio de los actos redentores de su propio Hijo.

Creemos que por medio de su único hijo, el Dios-hombre de la historia llamado Jesús de Nazaret, Dios se encarnó y entró a nuestro mundo de manera única. Jesús vino para renovar la imagen de Dios en nosotros, capacitándonos para ser un pueblo santo. Creemos que la santidad en la vida del creyente es el resultado tanto de una crisis de experiencia espiritual como de un proceso que es de por vida. Luego de la regeneración, el Espíritu de nuestro Señor nos atrae por gracia a la plena consagración de nuestras vidas a Él. Luego, durante el acto divino de la entera santificación, también conocido como el bautismo con el Espíritu Santo, Él nos limpia de nuestro pecado original y nos llena de su santa presencia. Él nos perfecciona en amor, capacitándonos para vivir vidas de rectitud moral y de servicio a los demás.

El Espíritu de Jesús obra en nosotros para reproducir en nosotros su propio carácter de amor santo. Por medio de Jesús podemos ponernos “el ropaje de la nueva naturaleza, creada a imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad” (Efesios 4:24). Luego de tener la imagen de Dios restaurada en nosotros por medio de la entera santificación, reconocemos que aún no hemos culminado nuestro caminar espiritual; nuestra meta de ser semejantes a Cristo en toda palabra, pensamiento y hecho es una meta de por vida. Creemos que por medio del continuo sometimiento, obediencia y fe, estamos siendo “transformados a su semejanza con más y más gloria” (2 Corintios 3:18).

Seguimos hacia adelante en este proceso a medida que vivimos vidas de adoración expresadas de muchas maneras, incluyendo las disciplinas espirituales, el compañerismo y la rendición de cuentas en la iglesia local. Como un cuerpo de creyentes en una congregación específica, intentamos ser una comunidad semejante a Cristo, adorando a Dios de todo corazón y recibiendo sus regalos de amor, pureza, poder y compasión.

Como pueblo de santidad, no existimos en un vacío histórico o eclesiástico. Nos identificamos con el Nuevo Testamento y la Iglesia primitiva. Nuestros Artículos de Fe nos posicionan claramente dentro de la tradición Cristiana clásica. Nos identificamos con la tradición arminiana de gracia gratuita – Jesús murió por todos – y libertad humana – la capacidad dada por Dios a todo ser humano de escoger a Dios y la salvación. También rastreamos nuestra herencia eclesiástica al avivamiento wesleyano del siglo 18 y al movimiento de santidad de los siglos 19 y 20.

A través de los siglos, el pueblo de santidad ha tenido una “magnífica obsesión” con Jesús. ¡Adoramos a Jesús! ¡Amamos a Jesús! ¡Pensamos en Jesús! ¡Hablamos de Jesús! ¡Vivimos como Jesús! Esta es la esencia de la santidad para nosotros. Esto es lo que nos caracteriza como pueblo de santidad.

*Todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI®. Copyright©1999 por*[*Bíblica*](http://www.biblica.com/)*, Inc.®  Todos los derechos reservados.*

# Somos un pueblo misional

Somos un “pueblo enviado” que responde al llamado de Cristo y es capacitado por el Espíritu Santo para ir al mundo, a testificar del señorío de Cristo y participar con Dios en la edificación de la iglesia y la extensión de su reino (Mateo 28:19-20; 2 Corintios 6:1). Nuestra misión (a) comienza con la adoración, (b) ministra al mundo por medio del evangelismo y la adoración, (c) anima a los creyentes a alcanzar la madurez cristiana por medio del discipulado, y (d) prepara a mujeres y hombres para el servicio cristiano mediante la educación cristiana superior.

### **A. Nuestra misión de adoración**

La misión de la Iglesia en el mundo comienza en la adoración. A medida que nos reunimos delante de Dios en adoración —cantando, escuchando la lectura pública de la Biblia, dando nuestros diezmos y ofrendas, orando, escuchando la Palabra predicada, bautizando y participando en la santa cena—, sabemos más claramente lo que significa ser el pueblo de Dios. Nuestra convicción de que la obra de Dios en el mundo se logra principalmente a través de congregaciones que adoran, nos lleva a entender que nuestra misión incluye recibir nuevos miembros en el compañerismo de la iglesia, y la organización de nuevas congregaciones que adoren.

La adoración es la expresión más alta de nuestro amor a Dios. Cuando nuestra adoración está centrada en Dios, honramos a Aquel que nos redime en su gracia y misericordia. El contexto primario de la adoración es la iglesia local donde el pueblo de Dios se reúne, no en una experiencia centrada en sí misma o para la auto-glorificación, sino como entrega y ofrecimiento propio. La adoración es la iglesia en servicio de amor y obediencia a Dios.

La adoración es el primer privilegio y la primera responsabilidad del pueblo de Dios. Es la reunión del pueblo del pacto delante de Dios en la proclamación y celebración de quien Él es, lo que ha hecho y lo que promete hacer.

La iglesia local en adoración está en el centro de nuestra identidad. La Iglesia del Nazareno está compuesta esencialmente por congregaciones locales que adoran, y es por medio de la congregación local que nuestra misión es cumplida. La misión de la iglesia encuentra su propósito y orientación en la adoración. Es por medio de la predicación de la Palabra, la participación en los sacramentos, la lectura pública de las Escrituras, el cantar himnos y coros, la oración congregacional, y el dar nuestros diezmos y ofrendas que conocemos más claramente lo que significa ser el pueblo de Dios. Es por medio de la adoración que entendemos más claramente lo que significa participar con Dios en su obra de redención.

### **B. Nuestra misión de compasión y evangelismo**

Como pueblo consagrado a Dios, compartimos su amor por los perdidos y su compasión por los pobres y afligidos. El Gran Mandamiento (Mateo 22:36-40) y la Gran Comisión (Mateo 28:19-20) nos impulsan a involucrarnos en el mundo a través del evangelismo, la compasión y la justicia. Para este fin, nos hemos comprometido a invitar a las personas a la fe, a cuidar de los necesitados, a oponernos a la injusticia y apoyar al oprimido, a proteger y preservar los recursos de la creación de Dios, e incluir en nuestro compañerismo a todo aquel que invoque el nombre del Señor.

Por medio de esta misión, la iglesia demuestra el amor de Dios en el mundo. La historia de la Biblia es la historia de Dios reconciliando al mundo consigo mismo, finalmente a través de Cristo Jesús (2 Corintios 5:16-21). La iglesia es enviada al mundo para participar con Dios en este ministerio de amor y reconciliación por medio del evangelismo, la compasión y la justicia.

Tanto la gran comisión como el gran mandamiento son vitales para entender nuestra misión. Son dos expresiones de una sola misión; dos dimensiones del mensaje único del evangelio. Jesús, quien nos dirige a “amar al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente” y a “amar a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37), también nos dice “vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Y les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20).

Siendo que toda persona ha sido creada a imagen de Dios, lo cual les da valor, la misión de la Iglesia en el mundo se extiende a toda la humanidad. Es nuestra misión amar y valorar a toda persona tal y como son amadas y valoradas por Dios, quien busca llevarlos a la paz, la justicia y la salvación de su pecado por medio de Cristo. Es nuestra misión tener compasión por los necesitados y cuidar de ellos. Es nuestra misión oponernos a sistemas sociales y políticas que desprecian o debilitan a la gente.

La misión de la Iglesia se extiende a la totalidad de la persona. Dios nos ha creado como personas holísticas y es nuestra misión ser ministros del amor de Dios a las personas de forma holística – incluyendo su cuerpo, alma y espíritu. Nuestra misión de evangelismo, compasión y justicia es una misión integrada que atiende a las necesidades físicas, emocionales y espirituales de las personas.

La misión de la Iglesia en el mundo se extiende a toda la humanidad porque Jesucristo vino al mundo para salvar a todo aquel que invocare su nombre. Como pueblo de Dios, es nuestro privilegio y responsabilidad compartir las buenas nuevas del evangelio con todo aquel que esté dispuesto a escuchar. Sea por medio de servicios públicos o evangelismo de persona a persona, nos apasiona aprovechar cada oportunidad para invitar a las personas a tener fe en Jesucristo.

La misión de la Iglesia en el mundo se extiende a todas las personas porque el Espíritu Santo en Pentecostés fue derramado sobre toda la humanidad (Hechos 2). Nuestra misión es presentar el evangelio de salvación por medio de Jesucristo a todas las personas del mundo. El Espíritu nos da poder para salir al mundo proclamando el Reino y participando con Dios en expandir la Iglesia.

Es con un espíritu de esperanza y optimismo que nos involucramos en el mundo con esta misión dada por Dios. Es más que una expresión de preocupación o esfuerzo humano. Nuestra misión es una respuesta al llamado de Dios. Es nuestra participación con Dios en la misión reconciliadora del Reino. Es el fiel testimonio y la expresión de la Iglesia del amor de Dios en el mundo a través del evangelismo, la compasión y la justicia.  Es nuestra fe en la capacidad de Dios de transformar con gracia las vidas quebrantadas por el pecado y restaurarlos a su propia imagen.

### **C. Nuestra misión de discipulado**

Nos hemos comprometido a ser —e invitamos a otros a convertirse en— discípulos de Jesús. Con esto en mente, nos comprometemos a proveer los medios (escuela dominical, estudios bíblicos, grupos pequeños para la rendición de cuentas, etc.), a través de los cuales se anima a los creyentes a crecer en su comprensión de la fe cristiana y en su relación unos con otros y para con Dios. Entendemos que el discipulado incluye que nos sometamos a obedecer a Dios y a las disciplinas de la fe. Creemos que debemos ayudarnos unos a otros a practicar la vida de santidad a través del apoyo mutuo, el compañerismo cristiano, y la mutua rendición de cuentas en amor. Wesley dijo: “Dios nos ha unido para fortalecernos las manos los unos a los otros”.

El discipulado cristiano es un estilo de vida. Es el proceso de aprender cómo quiere Dios que vivamos en el mundo. A medida que aprendemos a vivir en obediencia a la Palabra de Dios, en sumisión a las disciplinas de la fe, y en mutua responsabilidad unos con otros, comenzamos a entender el verdadero gozo de la vida disciplinada y el significado cristiano de la libertad. El discipulado no es un esfuerzo meramente humano; no es el sometimiento a reglas y reglamentos. Es el medio a través del cual el Espíritu Santo nos lleva gradualmente a la madurez en Cristo. A través del discipulado llegamos a ser un pueblo con carácter cristiano. La meta final del discipulado es ser transformados a la semejanza de Jesucristo (2 Corintios 3:18).

A través del estudio y la meditación en las Escrituras, los cristianos descubren fuentes de refrigerio en cada valle seco de su discipulado. Vigorizado por el lavado de la Palabra, refinado por la inmersión en la Palabra y tomando profundamente las verdades de la Palabra, los discípulos descubren con felicidad que están siendo “transformados mediante la renovación de su mente” (Romanos 12:2). El caminar cristiano se les revela como un camino alto y abierto. Llenos de valentía por parte de Dios, ellos van mas allá de si mismos para entregar sus vidas al servicio de los demás.

Afirmamos el valor vivificante que tienen las disciplinas espirituales clásicas para la capacitación de hombres y mujeres como discípulos de Cristo. Las disciplinas de la oración y ayuno, la adoración, el estudio privado, el servicio, y la simplicidad son a su vez expresiones naturales y compromisos intencionales en la vida del creyente.

El discipulado requiere apoyo mutuo y la rendición de cuentas. Somos pocos los que desarrollaremos las disciplinas espirituales que nos llevan a la madurez cristiana por nuestra cuenta. Creemos que debemos animarnos en el apoyo mutuo por medio de clases de escuela dominical, grupos de discipulado, grupos de estudio Bíblico, reuniones de oración, grupos para la rendición de cuentas, y relaciones de mentoría cristiana, los cuales son necesarios para nuestra formación y madurez espiritual. Reconocer el rol de la rendición de cuentas en la reuniones de clases wesleyanas nos anima a abogar por su lugar en la vida de la congregación cristiana contemporánea.

### **D. Nuestra misión de educación superior cristiana**

Estamos comprometidos con la educación cristiana, a través de la cual los hombres y las mujeres son equipados para vidas de servicio cristiano. En nuestros seminarios, colegios bíblicos, colegios y universidades, estamos comprometidos con la búsqueda del conocimiento, el desarrollo del carácter cristiano, y la preparación de líderes para lograr nuestro llamado divino de servir en la iglesia y en el mundo.

La educación superior cristiana ocupa un lugar central en la misión de la Iglesia del Nazareno. En los años iniciales de la Iglesia del Nazareno, se organizaron instituciones de educación superior cristiana con el propósito de preparar a hombres y mujeres de Dios para el liderazgo y servicio cristiano en el avance global del avivamiento wesleyano de santidad. Nuestro compromiso continuo con la educación superior cristiana a través de los años ha producido una red mundial de seminarios, escuelas bíblicas, colegios y universidades.

Nuestra misión de educación superior cristiana proviene de lo que significa ser el pueblo de Dios. Debemos amar a Dios con todo nuestro corazón, alma y mente. Por lo tanto, debemos ser buenos mayordomos en el desarrollo de nuestras mentes, nuestros recursos académicos y la aplicación de nuestro conocimiento. Alumbrados por esta verdad, estamos comprometidos con la búsqueda abierta y honesta del conocimiento y de la verdad, junto con la integridad de nuestra fe cristiana. La educación superior cristiana es el escenario para el desarrollo de la mayordomía de nuestras mentes. Su intención es ser un escenario caracterizado por la discusión y el descubrimiento de la verdad, y del conocimiento acerca de Dios y su creación.

En la educación superior cristiana, la fe no es compartimentada, si no que es maravillosamente integrada con el conocimiento a medida que la fe y el aprendizaje se desarrollan juntos. Toda la persona es cultivada por completo, con cada área de pensamiento y vida comprendido en relación al deseo y diseño de Dios. El carácter cristiano y equipamiento de lideres cristianos para el servicio en la iglesia y en el mundo se forjan en el contexto de aprendizaje acerca de Dios, la humanidad y el mundo. Este compromiso con la educación superior cristiana para la formación holística de la persona es critico para el desarrollo de hombres y mujeres cristianos para el liderazgo misional en la iglesia y en el mundo.

Como un pueblo redimido llamado a vivir a la semejanza de Cristo y enviados a ser agentes del amor de Dios al mundo, participamos con Dios en la obra de redimir a la humanidad. La educación superior cristiana contribuye significativamente a nuestra habilidad de cumplir nuestra misión y es necesaria para el servicio efectivo a Dios en nuestras diversas vocaciones. Nuestra fiel participación en la obra redentora de Dios requiere que levantemos a hombres y mujeres de Dios que puedan asumir su rol como líderes siervos cristianos en la iglesia y en el mundo.

El mundo al cual estamos llamados a servir se está convirtiendo cada día más estrechamente conectado y profundamente complicado. En la medida en que la obra redentora de Dios avanza en las generaciones presentes y futuras, nuestro testimonio fiel del señorío de Cristo y nuestra participación efectiva con Dios en la edificación de la iglesia seguirá requiriendo de nosotros un compromiso vital con la educación superior cristiana.

Todas las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, NVI®. Copyright©1999 por [Bíblica](http://www.biblica.com/), Inc.®  Todos los derechos reservados.